



ISLAS FIDJI.—GRUPO DE HIJAS DE JEFES INDÍGENAS, ALUMNAS DE LA ESCUELA ESPECIAL PARA ELLAS QUE DIRIGEN LAS HERMANAS MISIONERAS EN CAWACI.—Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Duclos, marista.

## CARTAS DE MISIONEROS

### CONMOVEDORA AUTOBIOGRAFÍA DE UN CATEQUISTA CONGOLÉS

CARTA DEL RDO. P. GOEDLEVEN, REDENTORISTA, SUPERIOR DE LA MISIÓN DE KIONZO (CONGO BELGA)

Lieja, 7 de Febrero de 1908.

**D**ESPUÉS de nueve años de apostolado en el Congo belga, he regresado á mi país natal para descansar algunos meses, y habiéndome enviado una hermosa carta un valiente cristiano de nuestra Misión, he creído complacer á los lectores de *Las Misiones Católicas* ofreciéndosela. Dice así:

En la actualidad soy catequista en la Misión católica de Matadi.

Antes de llegar los blancos, los jefes estaban muy contentos del antiguo estado de cosas; pero el pueblo sufría mucho bajo su tiranía. Si á un jefe se le antojaba hacer matar á un hombre, no había más remedio que cumplir su tiránica voluntad.

Por eso desde que los blancos se establecieron en este país el pueblo está satisfecho, porque los blancos han refrenado la abusiva autoridad de estos jefes.

Resolví servir á los blancos; mis compatriotas trata-

AÑO XVI.—NÚM. 306

ron de disuadirme de mi propósito, asegurándome que moriría si me acercaba á ellos. Poco crédito di á tales palabras, antes al contrario, tan pronto como me fué posible entré á servir á los ingleses de Viví (Misión protestante). Sólo dos meses estuve con ellos, dirigiéndome á Matadi para servir á los blancos del Estado. Aun no había ningún sacerdote europeo en aquella región; á lo menos nosotros no lo habíamos visto. Los primeros misioneros no llegaron hasta meses después de haberse abierto al servicio público el nuevo ferrocarril que cruza estas tierras.

Llegaron un día muy de mañana (1). Uno de ellos celebró el santo sacrificio de la Misa, al que asistió inmenso gentío; era un espectáculo nuevo y extraordinario para nosotros los congoleses.

Los sacerdotes nos parecían seres misteriosos. Nuestros jefes aseguraban que podíamos dar por perdido todo niño que fuese á vivir con ellos. «Los sacerdotes, decían, son unos *ndoki* (genios malos) que se comen á los hombres.»

Y el pueblo lo creía.

(1) Estos primeros misioneros fueron destinados á Matadi por el Ilmo. Sr. Stielemans, obispo de Gand; nueve años después les sucedieron los Redentoristas belgas.

31 DE MARZO DE 1908

Veamos ahora cómo me hice cristiano.

Cierto día que andaba á alguna distancia de mi pueblo, al llegar á orillas del río, á eso de medio día, oí que dentro una casa vecina sonaba una campanilla; entré en ella y me encontré con un hombre llamado Alfonso Mendece, el cual me preguntó:

—¿Has recibido el Bautismo?

—No, señor, le contesté; no soy bautizado.

—Pues mira; si quieres ir al cielo es lo primero que debes hacer.

—Sí; quiero ir al cielo. ¿Qué he de hacer para recibir el Bautismo?

—Primero estudiar el Catecismo y hacer un firme propósito de no volver á pecar.

Oída tal proposición, temí, y mohino y pesaroso regresé á mi pueblo. Transcurridas algunas semanas me decidí á ir á encontrar al misionero para que me enseñara el Catecismo. Efectivamente, él tomó á su cargo mi instrucción; pero la Divina Providencia, que debía tener ordenadas las cosas de otra manera, dispuso que á los dos ó tres meses mi buen instructor tuviera que ausentarse: entonces quedé solo, completamente abandonado...

Busqué otra persona que quisiera instruirme en las cosas del Señor: y la Divina Providencia, viendo mis buenos deseos, se dignó deparármelo; hallé un hombre llamado Luis Zieta, natural del Bajo Congo, que había sido educado en Landana, en el Colegio de los Padres del Espíritu Santo; el pobre estaba muy ocupado. Para resolverle á encargarse de mi instrucción, le dije:

—Por tu trabajo te daré diez francos mensuales.

Y convinimos en que me daría una lección diaria. Al cabo de cierto tiempo, cuando ya sabía algunas oraciones y gran parte del Catecismo, mi segundo maestro tuvo que ausentarse también. Su principal le destinaba á Songololo. Antes de partir me recomendó á otro seglar católico, Mauricio Leonard, quien gustoso aceptó continuar mi instrucción religiosa.

Pasados unos meses fuimos á encontrar al P. Doko (el Rdo. P. de Hooge, de santa memoria). Me presenté rogándole se dignara bautizarme.

Me hizo éste varias preguntas, á las que contesté como supe; pero no debió quedar muy satisfecho de mis respuestas, porque acabadas que fueron me dijo:

—No, no puedo bautizarte, porque estás poco instruido; estudia más.

Dos días después fui presa de gravísima enfermedad. A los ocho días, creyendo que me quedaban pocos momentos de vida, fueron á buscar al Rdo. P. Doko. Llegó éste á mi casa el domingo por la noche; estaba muriéndome. Me bautizó y dispuso fuese trasladado al hospital.

A los siete días de estar allí empecé á mejorar.

Entonces me dijeron:

—Has sido bautizado.

Así me enteré de que ya tenía la dicha de ser cristiano.

Sano y del todo restablecido de mi dolencia, empecé á estudiar el Catecismo de primera Comunión.

Cuando lo supe, el Rdo. P. Doko me dijo:

—¿Y tu esposa sabe el Catecismo?

—Sí, Padre, le contesté.

—Pues tráela, que la examinaré, y si lo sabe la bautizaré, y luego os casaré como cristianos.

Otro día mi esposa y yo nos presentamos ante el Padre; hízola éste varias preguntas, y como contestara bien, me dijo:

—El domingo tu mujer recibirá el Bautismo.

Pero el sábado, víspera del gran día, mi esposa, olvidando sus promesas, incurrió de nuevo en sus antiguos pecados de embriaguez y adulterio. Su infame conducta me irritó muchísimo; colérico y avergonzado fui á explicar mi desgracia al P. Doko, quien me dijo:

—Hijo mío, has hecho muy bien abandonando á esta mujer, es muy mala.

El Padre completó mi instrucción religiosa. Hice mi primera Comunión, y pedí al P. Goedleven me hiciera catequista. Dignóse acceder á mis ruegos, y empezó por enseñarme la lectura y la escritura, cómo debía administrar el Bautismo, etc. Después me aconsejó me casara con una excelente mujer; y así lo hice. Finalmente el Padre me destinó á Matadi para enseñar á las gentes las lecciones de Dios, á fin de que puedan recibir el santo Bautismo.

Yo, el catequista, FELIPE KINKELA.

Esta es la historia del primer convertido entre los indígenas de los alrededores de Matadi. Este joven catequista es natural de Kionzo, donde goza de gran simpatía y confianza general. Su celo por la Religión no conoce límites.

Asistiendo últimamente á un bautismo de catecúmenos, fué presa de gran entusiasmo viendo que muchos de sus compatriotas tomaban parte en la ceremonia. Pero á la par le entristeció al ver que la iglesia de Kionzo era tan reducida; vino á ofrecirme 15 francos para que construyera otra mayor. Y la construiremos; el nuevo edificio medirá 35 metros de largo por 15 de ancho.

Quiera Dios que el ejemplo de Felipe encuentre generosos imitadores.

La Misión de Kionzo, á pesar de llevar sólo cinco años de existencia, cuenta 300 cristianos y más de 2,000 catecúmenos.

## SASKATCHEWAN (CANADA)

### La Misión húngara del lago Croche

El Ilmo. Sr. Neyrat, miembro del Consejo central de la Obra de la Propagación de la Fe, en Lyon, nos envió la siguiente carta, que gustosos nos apresuramos á publicar:

CARTA DEL RDO. P. TARCISIO SCHMID, MISIONERO  
EN WAKAW (LAGO CROCHE)

CREEMOS satisfacer la piedad de los lectores de *Las Misiones Católicas* dándoles algunas noticias de la Misión húngara de Wakaw, en Saskatchewan.

Tres años han transcurrido desde que llegados á este Vicariato apostólico dimos principio á la evangelización de este pueblo, tan abandonado entonces y ahora tan digno de interés. El granito de mostaza sembrado parece haber germinado y da fundadas esperanzas para el porvenir.

Poco tiempo ha trasladábamos nuestra residencia á la región habitada por los húngaros, y en el preciso lugar donde un año antes celebrábamos el Santo Sacrificio bajo una tienda de campaña, hoy se levanta magnífica iglesia, que honra la viva fe de nuestra población.

Mas no creáis por eso que esta iglesia sea obra maestra del arte, sólida, ricamente decorada, ni mucho menos. Es una humilde construcción de madera (tablas de 50 pies de largo por 26 de ancho) sumamente sencilla.

El interior de la misma dista mucho de estar concluido: de manera que nuestros enemigos podrían atribuirnos con toda propiedad aquellas palabras del Evangelista San Lucas: *«Hic homo cepit edificare et non potuit consummare;»* (este hombre ha empezado á edificar y no puede concluir.) Pero á pesar de todo, podemos estar orgullosos de nuestra iglesia, pues, aunque pobre, no deja de ser el resultado de grandes esfuerzos y mayores sacrificios.

Debiendo sostener encarnizada lucha con la herejía, que tiende á invadir nuestro campo católico, confiando en Dios, para cuya honra y gloria trabajamos, y en las generosas almas que se interesan por el apostolado, nos lanzamos á edificar algo sólido y duradero. Nuestro primer proyecto era construir un edificio regular, con troncos de árbol, pero tuvimos que desistir de él por no hallarlos utilizables en número suficiente. Nos decidimos, pues, á edificar con tablas; esto implicó mayor desembolso, es verdad, pero es de mayor duración.

El 8 de Septiembre del 1907, acabado el edificio, fué solemnemente bendecido por el Ilmo. Sr. Pascual, vicario apostólico de Saskatchewan. ¡Cuánta alegría causó á este pueblo la inauguración de tan deseada iglesia!

Por desgracia esta alegría fué pasajera. Como las tablas eran de poco espesor y la escasez de recursos no nos ha permitido aún revestirlas interiormente de planchas, los en estas tierras terribles fríos del invierno nos obligaron á cerrarlo.

Nos vimos, pues, precisados á empezar de nuevo nuestro antiguo método de Misión, que consiste en celebrar los Santos Misterios un día en una casa y otro día en otra, si es que pueden designarse con este nombre nuestras habitaciones húngaras, que son oscuras chozas abiertas en el suelo y cubiertas de tierra. Al comparar nuestros actuales oficios ¡tan tristes! con los que en otros tiempos presenciábamos en las iglesias europeas, tan majestuosos é imponentes, sentimos oprimírsenos el corazón.

Tres días hace presidí un entierro. Abría la marcha cantando las oraciones litúrgicas; en mi derecha el crucifijo y el hisopo, y en la otra el ritual. Seguíanme dos grandes bueyes, mal domados, tirando lentamente un pesado carruaje sobre el cual venía el pequeño ataúd, que contenía el cadáver de un niño. El padre del inocente muerto guiaba el improvisado carro fúnebre; era el único asistente... ¡las distancias son tan largas! y ¡tan intransitables los caminos en invierno!

El día de la Natividad del Señor celebramos la Santa Misa en el presbiterio, lugar por cierto más que reducido por las muchas gentes que asistieron. Era viva reproducción del Portal de Belén. Alrededor del altar todo revelaba la mayor pobreza. No obstante, el gozo

inundaba mi alma, al ver en estas pobres gentes revivir aquella fe admirable de los pastores de Belén, pos-trados en torno la cuna del divino Salvador.

Lo que más urge por ahora es poder acabar nuestra iglesia, á fin de poder reunir en ella á nuestros fieles y protegerles contra los ataques del error. Las Sociedades protestantes también tienen aquí representantes, por cierto bien poderosos y provistos contra nosotros, quienes con dádivas y dineros intentan seducir á los húngaros. La tentación es muy poderosa, y algunas de estas desgraciadas gentes sucumben á ella; así es que repetidas veces me he visto obligado á bautizar de nuevo á niños que primero habían sido presentados al ministro protestante.

Nuestros recursos son en extremo módicos. Sólo tenemos fijo nuestro honorario de Misa, que de ordinario es de 1'25 francos. Con él debemos alimentarnos, acabar la iglesia y ayudar á las pobres gentes que nos rodean, que bien lo necesitan este año; el invierno ha sido más riguroso que de costumbre y les ha destruido las cosechas.

Pero confío en la Divina Providencia, que pues hasta el presente nos ha auxiliado, no dejará de hacerlo en adelante. Confío también en la generosa caridad de aquellas almas buenas que movidas de un verdadero celo apostólico, cooperan á nuestra obra de redención. Por esto exhorto á mis cristianos á rogar por ellas continuamente; y lo hacen gustosos, pues saben que así pagan una deuda de gratitud hacia aquellos que nos secundan en nuestros esfuerzos.

Los misioneros sumamos nuestras humildes plegarias á las de estos fieles cristianos, y cada día, reunidos todos al pie del altar, pedimos al Señor que derrame toda suerte de bendiciones sobre nuestros bienhechores.

## GHOARGAON (INDIA INGLESA)

### Nacimiento y progresos de esta Misión

(Conclusión)

DESEARÍAMOS tener en cada pueblo una casa donde los cristianos pudieran reunirse para orar en común, como hermanos, la que al mismo tiempo serviría de escuela. En la generalidad de los pueblos cristianos no tenemos edificios propios. Los cristianos se reúnen bajo un árbol para hacer sus oraciones; los niños hacen la clase al aire libre. Vamos edificando escuelas á medida que nos lo permiten los recursos ó cuando algún bienhechor se acuerda de tendernos la mano. No creáis que nuestras escuelas sean palacios; al contrario, pobres chozas de tierra, y sin embargo, ni á tan poco alcanza la bolsa del misionero. Cada año nos cuesta de 50 á 70 rupias.

Aún no os hablé del hambre. Desde que llegué á Ghogargaon no he visto una cosecha buena; al contrario, he sido dos veces testigo del hambre torturando al pueblo. Y este año la cosecha distará mucho de ser buena; casi no ha llovido, y en consecuencia muchos pozos están secos; reina mucha miseria y amenaza el

hambre. Los paganos fanáticos aseguran que desde la llegada del P. Jacquier, esto es, desde hace doce años, no ha llovido jamás con la abundancia necesaria, y lo atribuyen á la indignación de sus dioses, que les castigan por haber permitido que dicho Padre resida en el país. Los más inteligentes contestan que no es esto; para ellos la «bestia negra,» más claro, la campana, conmueve la atmósfera y dispersa las nubes.

Concluiré diciendo á mis lectores que tenemos una iglesia en construcción; tiempo era de que nos decidiésemos á empezarla. Hasta el presente nos servía de capilla una sala de la residencia, muy reducida por cierto. En Europa sería incapaz para cuarenta personas; en las Indias se colocan en ella, aunque estrujándose, cien indios; los demás asistían al Santo Sacrificio desde fuera de la capilla. Vista la extensión de la Misión, el Ilmo. Sr. Coppel, nuestro obispo, nos ha enviado un tercer sacerdote, el P. J. M. Berger, y confiamos que pronto vendrá otro. Para los cuatro tenemos dos salitas que sirven á la vez de sacristía, refectorio, dormitorio, etc. Para lograr mejor y más ancho local, el Padre Jacquier activa los trabajos de la iglesia. Todavía no están empezados los cimientos; pero tenemos ya gran provisión de materiales: piedras, ladrillos, arena, cal, que nosotros mismos vamos á recoger con nuestras blancas manos, como dicen los indios, á las orillas del Godavery. Todo está dispuesto para empezar la obra. Esta será la primera iglesia que se levantará en las vastas llanuras de Vizapur y Gangapur. Pero empezamos y... el P. Jacquier ya ha agotado sus recursos. Cediendo á sus instancias me atrevo á enviaros esta breve lista de nuestras dichas y desdichas, para atraer sobre nuestra Misión las oraciones de los lectores de *Las Misiones Católicas*, para que conociendo nuestras necesidades se os conmueva vuestro excelente corazón de católicos y españoles, y así dignaros socorrerlas.

## NOTICIAS VARIAS

### París.

*Resultados obtenidos durante el último ejercicio en las Misiones confiadas al Seminario de las Misiones Extranjeras de París.*—El Seminario de las Misiones Extranjeras de París acaba de publicar el balance anual de los trabajos apostólicos realizados durante el finido ejercicio en las treinta y dos Misiones que le están confiadas.

He aquí en extracto tan importante documento:

«Con gran satisfacción publicamos los hermosos resultados de este ejercicio:

34,161 bautismos de adultos.

528 conversiones de herejes.

137,043 bautismos de hijos de paganos en peligro de muerte.

48,744 bautismos de hijos de cristianos.

«Para apreciar los frutos de estos trabajos, frutos que no satisfacen nunca la ambición de los obreros apostólicos, hay que tener presentes las múltiples dificultades con que ha precisado luchar para prepararlos y obtenerlos. Leyendo los informes de nuestras Misiones, en cada uno de ellos se encontrará el mismo grito que sale de todas las bocas: la falta de recursos... ¡Cuánto nos apena ver que no podemos reme-

diar ni las necesidades más apremiantes! Y esta tristeza aumenta cada día, con el temor, demasiado justificado por desgracia, de ver disminuir las limosnas destinadas á sostener nuestras Misiones. Ahora más que nunca, los misioneros trabajan para asegurar el porvenir de sus obras, procurando contribuyan á ellas los cristianos indígenas.

«Entre los faustos acontecimientos debemos citar el nombramiento de dos nuevos Obispos, el Ilmo. Sr. Seguin, coadjutor del Kuy-tcheou, y el Ilmo. Sr. de Gorostarzu, vicario apostólico del Yun-nan. Enviamos también un saludo de afectuosa veneración al Ilmo. Sr. Caspar, vicario apostólico de la Cochinchina septentrional, quien ha pedido al Soberano Pontífice le relevara de su cargo, para pasar en el retiro los últimos días de su vida, debilitado por graves dolencias.

«Nuestra necrología forma una larga lista de veintitrés muertos, entre los cuales figuran un obispo: el Ilmo. Sr. Fenouil, decano de la Sociedad, y dos provicarios los reverendísimos Sres. Le Guilchez y Blanchard.

«Al finir el 1907 había en nuestras Misiones: 36 Obispos, 1,370 misioneros, 765 sacerdotes indígenas, 2,767 catequistas, 5,400 iglesias ó capillas, 41 seminarios con 2,188 seminaristas, 4,145 escuelas con 122,842 niños de ambos sexos, 343 asilos y orfelinatos con 23,162 niños y niñas mantenidos por la Santa Infancia, 421 farmacias ó dispensarios y 119 hospitales y leproserías.

### Inglaterra.

*Protestantes juzgados por la reina Victoria.*—Tres volúmenes de cartas de la madre de Eduardo VII se acaban de publicar. El 15 de Abril de 1845 escribía á su tío el rey Leopoldo, con motivo de la agitación creada contra el bill de Peel acerca del Seminario católico de Maynooth: «Aquí estamos en un estado de grande agitación por una de las más grandes medidas que hayan sido alguna vez propuestas; estoy segura de que el pobre Peel será bendecido por todos los católicos á causa de la viril y noble manera con que protege y hace el bien á la pobre Irlanda. Pero el fanatismo (*bigotry*), las malas y ciegas pasiones que suscita, es cosa terrible, y me avergüenzo del Protestantismo. Un clérigo presbiteriano dijo con mucha verdad: El fanatismo es más común que la vergüenza.» El 23 de Abril, volviendo sobre el mismo asunto, decía la Reina: «Los católicos se regocijan—con los admirables discursos de Sir Robert,—están llenos de gratitud y se conducen extremadamente bien; pero los protestantes se portan de un modo chocante y despliegan una estrechez de inteligencia y una falta de buen sentido en materia de religión, que es una verdadera desgracia para la nación.»—A su tía la Duquesa de Gloucester, escribía en Diciembre 12: «Estoy indignada con los que se llaman á sí mismos protestantes... Siento mucho el espíritu anticristiano é intolerante que muestra una gran parte del pueblo en las reuniones públicas,» etc., etc., etc.

### Sivas (Asia Menor).

*Las tejedoras de tapices.*—El Rdo. P. Riandel, de la Compañía de Jesús, escribe desde Sivas:

«¡Gracias! Esta es la palabra que hacia vosotros vuela desde los labios de las tejedoras de tapices de Sivas. Merced á vuestros donativos los corazones de estas pobres niñas han experimentado alguna alegría; estas manos deformes, cubiertas de callos, han recibido algunos recursos, y con ellos varias prendas de ropa con que poder abrigar sus desnudos cuerpos, víctimas del frío; y un rayo de alegría y agradecimiento ha brillado en los fatigados y soñolientos ojos de estas hijas del trabajo.



ISLAS FIDJI. — GRUPO DE JÓVENES HIJOS DE JEFES INDÍGENAS, ALUMNOS DE LA ESCUELA ESPECIAL PARA ELLOS QUE EN CAWACI DIRIGEN LOS PADRES MARISTAS.—Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Duclos, marista.

«¡Si pudieseis verlas! sentiríais conmovérseos el corazón. Os darían gracias tantas veces cuantos días tiene el año, y aun no creerían satisfecha su deuda de gratitud.

«Pero mejor es todavía lo que hacen sin conoceros. Cada domingo, reunidas por las caritativas Religiosas de San José, estas buenas niñas ruegan al Señor que derrame abundantes bendiciones sobre todos sus bienhechores.

«Vuestras limosnas son bien empleadas, os lo aseguro; ¡es tanta la miseria en este país!

«El otro domingo, la Superiora de las Religiosas de San José hizo una visita al Patronato donde se reúnen estas pobres niñas. Su corazón de madre se conmovió al fijar la vista en dos niñas, pálidas, débiles, que entre las otras estaban, y se acercó á ellas. La mayor tendría seis años, la otra cuatro y medio.

«—¿Esta supongo que no va á la fábrica? dijo la Superiora señalando á la menor.

«—Sí, Madre, sí que va, se apresuraron á responder por ella sus compañeras; tres meses atrás ganaba cinco *paras* (dos céntimos y medio) cada día; ahora gana diez, ya es algo. La otra, Dirouchi, es muy desgraciada: la pobre gana veinte *paras* al día, pero su padre, que es un borracho, se los roba para gastárselos en *raki* (aguardiente del país); se embriaga con mucha frecuencia, y por la noche, cuando regresa á su casa, apalea sin piedad á su mujer y á sus hijos. Mire V. cómo viste.

«En efecto, daba lástima: pálida, tiritando de frío; cubierta de andrajos.

«Estamos en el invierno. Para que las jornadas no sean demasiado cortas, las obreritas deben estar en la fábrica antes de que amanezca. El alumbrado en las calles principales es muy escaso; en las demás, si no alumbra la luz de la luna, hay que andar á oscuras. Además, si las calles pertenecen al hombre durante el día, durante la noche pertenecen á los perros. En ellas se libran verdaderos combates perrunos, acompañados de furiosos ladridos.

«A estas horas, pues, no es muy prudente dejar ir á las niñas solas al trabajo; así que, sus padres las despiertan, las visten, se las cargan á cuestras y las llevan á la fábrica. Como es natural, por el camino vuelven á dormirse las más pequeñas, y tan profundamente, que viendo no logran despertarlas á gritos, las sacuden con violencia ó las abofetean; una vez despiertas, á trabajar.

«¡Inocentes víctimas! Si al regresar á sus casas pudieran descansar, menos mal. Pero ¡ah! muchas son las casas en que en el rigor del invierno las pobres niñas se ven obligadas á dormir en el suelo, sobre viejas esteras, tiritando de frío, sin un poco de fuego para calentar sus helados miembros, cuando la temperatura exterior está á 20 ó 25 grados bajo cero.

«—Tengo la dicha de ir á la fábrica, decía una pobre niña; ojalá pudiera dormir en ella; estaría mejor que en casa, donde tengo tanto frío que muchas noches no logro descansar.

«Estas pobres gentes con frecuencia no tienen qué comer. Este año no se ha cosechado trigo; hacen pan de salvado. Escuchad los lamentos de una pobre madre:

«—Todos mis hijos están enfermos, decíame llorando; como el trigo está muy caro, tuve que hacer pan de centeno, y luego, escaseándome más los recursos, me he visto obligada á hacerlo de salvado amasándolo con patatas. A fin de comer menos, lo dejamos secar un poco; pero á veces se vuelve tan duro y tiene un sabor tan desagradable, que no lo podemos tragar.

«He aquí, caros lectores, cuál es la extrema pobreza de los infortunados que socorréis con vuestras limosnas.

«Para terminar, quiero repetiros una vez más en nombre de Jesús y de estos sus infortunados hijos: ¡gracias!»

#### Lahore (Indostán).

*Nueva catedral.*—El Rdo. P. Moyse, procurador general de las Misiones de los reverendos Padres Capuchinos, nos da la siguiente noticia:

«El 19 de Noviembre, del próximo pasado año, el ilustrísimo Sr. Eestermans consagró solemnemente la catedral de Lahore. Asistieron á la ceremonia el Ilmo. Sr. Gramigna, obispo de Allahabad, el Rdo. P. Wagenaar, prefecto apostólico del Kafiristán y del Cachemir, el Administrador Apostólico de la archidiócesis de Agra, y numerosos sacerdotes de las diversas estaciones de la Misión y también de las Misiones vecinas. Después del evangelio de la Misa pontifical, el Rdo. P. Walrath, S. J., subió al púlpito y pronunció un elocuente discurso.

Lahore puede enorgullecerse de su catedral. Es sin duda alguna la más hermosa y rica iglesia que hasta hoy se ha construido en el Norte de la India. Su estilo es romano bizantino. La aguja que la corona, mide de alto 145 pies y la de la cúpula 120. El pavimento del templo es de mármol blanco y gris, tiene cinco altares de distintos modelos, todos de mármol. Las tres campanas de su torre han sido fundidas en Bélgica.

#### Yun-nan (China).

*Nuevo Prelado.*—El Sumo Pontífice se ha dignado elevar al episcopado y confiarle el gobierno de la Misión del Yun-nan con el título de Obispo de Aila, al Rdo. P. de Gorostazu, sacerdote de las Misiones Extranjeras de París, que desde hace

veintitrés años viene desempeñando el ministerio apostólico en esta importante provincia de la China.

El Ilmo. Sr. María Félix Carlos de Gorostazu, nació en San Vicente Tyrosse (diócesis de Aire, Francia), el 6 de Octubre de 1860. Sus estudios eclesiásticos, hechos en Roma, fueron coronados por el doctorado en teología. Ordenado sacerdote el 19 de Mayo de 1883, ingresó en el Seminario de las Misiones Extranjeras el 13 de Septiembre de 1884, y fué destinado á la Misión del Yun-nan. El 7 de Octubre de 1885 abandonó su patria y partió para aquellas lejanas tierras.

#### Estados Unidos.

*Rara ceremonia.*—De la *Revista Católica* de Nuevo México, E. U., cortamos: «Hace pocos días el Sr. William J. y la Sra. Mary R. Doran, padre y madre del R. P. Alvah W. Doran, curapárroco de la iglesia de la Epifanía en Philadelphia, y antes de la Iglesia Episcopaliana de San Clemente en la misma ciudad, fueron admitidos en el rebaño verdadero por su mismo hijo. Otro día el P. Doran celebró una Misa de acción de gracias para el feliz evento.»

*Las catedrales de los Estados Unidos.*—En veinte diócesis del país, las iglesias catedrales se han terminado, y otras están en construcción ó en proyecto. Nada menos que quince millones se gastarán en los edificios proyectados ó algo más. En el Oriente, en Brooklyn, se han dedicado cinco millones en la construcción de la catedral. En el Sur, una catedral magnífica se ha dedicado en Richmond; en el Occidente, Cincinnati, Cleveland, Indianápolis, San Luis, San Pablo de Minn., y Denver, están en obra sobre el proyecto de la construcción de las catedrales. Los planes están proyectados para aquella de Los Angeles. El señor Obispo de Seattle llamó la atención sobre semejante objeto.

#### México.

*Lourdes en Guadalupe.*—Se celebró la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes en la Basílica de Tepeyac, el día 12 de Febrero, con asistencia de cerca de 10,000 fieles. La magnífica función fué presidida por su excelencia el Delegado Apostólico, y en ella tuvo lugar la solemne Consagración de la Universidad Católica de Puebla á la Virgen Guadalupana.

## ESTADO RELIGIOSO DE LAS ISLAS FILIPINAS

(Continuación)



**E**l verdugo quitó las cadenas del primero, le ató los pies y manos, y sonriendo le dijo: «Anda, dí lo que gustes.» El condenado declaró su nombre y añadió algunas palabras en tagalo. Los otros dos le escuchaban insensibles paseando su mirada sobre la inmensa multitud venida para presenciar su muerte. Todos hablaron por turno; el tercero, el de los quince crímenes, dijo que moría por la patria; después de ser atado por el verdugo, siempre sonriente, empezó á saltar por el tablado, como si quisiera danzar, hasta que aquél le mandó estarse quieto. Parece que el último de sus actos fué encomendar su alma á Dios. Cuando todavía estaba en la cárcel, á pesar de

las gruesas manillas que llevaba, tras no pocos esfuerzos logró arrancar de su libro de oraciones la hoja que contiene los actos de contrición y caridad y se la llevó consigo al patíbulo. La suprema palabra de los condenados fué pedir perdón á cuantos habían ofendido.

¡Piedad sincera é inconsciencia! ¡contrastes que admiran y desconciertan! ¿Se daban en Filipinas, cuando las regían los «frailes» antes que las ideas revolucionarias hubiesen trastornado las cabezas?

La invasión americana ha tenido también otros funestos resultados. La presencia de numerosas guarniciones ha hecho disminuir la moralidad. Los nuevos maestros de escuela hacen tanto daño á los pueblos con sus malas costumbres como con sus peores ideas. Muy extendida está la opinión de que americano equivale á protestante, y pues el americano representa el



VIERNES SANTO

progreso material, ¿qué consecuencias deducirán de ello las gentes de cortas entendederas? Para destruir esta falsa interpretación de los hechos, se han dado á los filipinos varios Obispos americanos. Se buscan medios para atraer á estas islas Religiosos y sacerdotes ingleses. Cuéntase ya con el buen ejemplo de los legos católicos que han venido de los Estados Unidos. Pero, desgraciadamente, muchos de éstos no practican la Religión, ó la practican muy poco. Allí, como en otras partes, la indiferencia religiosa es el mal de los hombres. Deberían estar continuamente, al igual que los mismos indígenas, bajo el cuidado de sabios y prudentes sacerdotes. Actualmente hasta en Manila, el número de sacerdotes americanos es insuficiente. Muy raros son los de los Estados Unidos que puedan ó quieran venir á nuestras islas. ¿Por ventura no son también dichos Estados á su manera tierra de Misión? ¿Pues para qué ir á las Filipinas á sufrir una vida de luchas y de sufrimientos, sin hora de reposo, al frente de una parroquia inmensa, cuyos fieles son tan pobres que apenas tienen de qué comer, y donde se carece de todo?

## III

Si la revolución se hubiese limitado á arrebatarse á la Iglesia sus recursos materiales, menos mal; lo peor es que le haya arrebatado sus hombres. Largo sería explicar aquí, la serie de fatalidades, causantes de esta desgracia; así que, por respeto á la brevedad, sólo indicaremos los resultados, que es lo que hace al caso. Antes de 1898, las Ordenes religiosas que en el siglo XVI funda-

ron la Iglesia de las Filipinas, poseían casi todas las parroquias y una gran parte de las rentas eclesiásticas, con bienes raíces considerables. La situación no era igual para todas. Los Dominicos, por ejemplo, tenían muchos bienes, pero pocas parroquias; en cambio, los Franciscanos tenían muchas parroquias y pocos bienes: los Agustinos calzados y descalzos ambas cosas á la vez. En su mayor parte eran españoles. Contra ellos se lanzó el grito: *¡Abajo los frailes! ¡Mueran los frailes!* Que las turbas se hubiesen contentado gritando, pase; lo peor fué que los Religiosos sufrieron los rigores de la cárcel, del tormento y aún de la muerte.

La situación se hizo inaguantable. Para apaciguar los ánimos, el Gobierno americano ordenó la expulsión de los frailes, ofreciendo abonarles el importe de sus bienes inmuebles siempre que presentasen el debido título de propiedad. Esto era un doloroso sacrificio que se imponía á los Religiosos, sacrificio tanto más cuanto en las filas del clero se abrían huecos imposibles de llenar. ¿De dónde vendría la compensación? Los Estados Unidos excluían de las Filipinas á los Religiosos «latinos,» y no admitían más que alemanes ó anglosajones. Afortunadamente estas crueles exigencias fueron desapareciendo día tras día. Los desterrados pudieron algunos volver á ocupar los pueblos que cediendo á la fuerza abandonaron, modificando más ó menos su régimen de vida. Casi todos los Dominicos abandonaron las Filipinas y se fueron á reforzar sus antiguas Misiones del Fo kuen, del Tonkín y de Formosa, y fundaron en el Japón la nueva Misión del Shikoku. La provincia franciscana ha desaparecido, ó mejor, se ha transformado

en simple Misión dependiente de las provincias franciscanas de España, con un reducido número de parroquias. Los Agustinos sólo conservan la Misión de Ilo-Ilo, en la isla de Panay, con un colegio de primera y segunda enseñanza. En Cebú y en otros lugares viven retirados en sus conventos, sin desempeñar funciones parroquiales. Varios han emigrado á la América del Sud. Los Agustinos descalzos hicieron lo mismo; pero conservan todavía algunas parroquias poco importantes donde se les rogó permanecieran.

En 1898 había en el archipiélago 1,013 frailes; en 1903, quedaban 246, esto es, 767 menos.

Otros Religiosos, como los Jesuitas, continuaron en el archipiélago, pero en menor número, y absorbidos por sus Misiones entre infieles ó por sus colegios. En cuanto al clero secular indígena, era en número insuficiente para poder atender á todas las necesidades. Además se había cometido un grave error dándole una instrucción incompleta, inferior á la de los Religiosos, insuficiente por lo tanto para vencer los defectos de la raza y explotar las buenas cualidades de la misma. Eran simples catequistas y administradores de los Santos Sacramentos.

Júzguese la situación actual por las siguientes cifras: La diócesis de Vigán contará 1.030,000 católicos; en 1905 había en dicha diócesis 95 sacerdotes, la mayoría tan ancianos, que el Obispo solía decir que dentro de cinco años no quedarían cincuenta. Los detalles de las provincias no eran mejores.

En la de Ilocos Norte hay unos 15,000 cristianos y... 2 sacerdotes. Recuérdese que este es el país de Aglipay, donde casi todo el clero indígena se ha hecho cismático. Ilocos Sur donde se encuentra Vigán no está tan desprovisto: las parroquias, mejor sería decir los distritos, porque son inmensas, tienen su párroco; población, 161,000 cristianos y algunos millares de infieles. Abra: 40,000 cristianos y 15,000 infieles, 9 parroquias sin párroco. Unión: 117,000 cristianos y 9,000 infieles, una parroquia sin párroco. Pagasinán, unos 300,000 cristianos, los mejores quizás del archipiélago, 3 parroquias sin párroco. Hay 12 en el Cagayán con 115,000 cristianos y 700 paganos. En la Nueva Vizcaya en 1905 había 17,000 cristianos y ningún sacerdote, actualmente debe haber uno. En fin, en Lepanto Bontoc, 11,000 cristianos, 1 sacerdote y 9 parroquias vacantes. El Prelado se ha dirigido á nueve distintas Congregaciones religiosas para que se encargaran de esta provincia; ninguna se ha hallado en disposición de aceptar.

La diócesis de Cebú cuenta 2 millones de fieles; 60 parroquias están vacantes. Dos parroquias que componen un conjunto de 45,000 almas están confiadas á un párroco y su vicario. «Jamás, dice un jesuita americano, he visto cumplidas en grado tal aquellas palabras del Evangelio: *Messis quidem multa est, operarii autem pauci*. Pero es más lamentable todavía el estado de la diócesis de Jaro: 150 parroquias gimen en el abandono. Como resultado seguro é inmediato de esta

falta de sacerdotes, debemos lamentar la ignorancia religiosa. Son sinnúmero los pueblos que hace diez años no han oído ni un sermón y donde no se enseña catecismo. Pueden considerarse felices aquellos cuyas escuelas han quedado en manos de los católicos; las oficiales son neutras, á la americana, y con frecuencia encargadas á gente sin fe, cuyas costumbres distan mucho de ser ejemplares. En las ciudades el déficit es menos considerable; si uno se interna en el campo se encuentran pueblos respetuosos, cristianos, absolutamente abandonados. Si se pregunta á uno de sus moradores: «¿Cuánto tiempo hace que no os habéis confesado?» la respuesta es casi siempre la misma: «Desde la era castellana,» esto es, desde antes de la conquista.

Esta falta de sacerdotes se hace sentir más si cabe en las Misiones de infieles. Poco ha en las Filipinas había dos de éstas, la de Mindanao, confiada á los Padres Jesuitas, y la de Luzón, á los Agustinos.

Esta última en 1898 contaba 40,733 neófitos en 26 cristiandades y 253 reducciones, sobre unos 150,000 infieles, otros dicen 170,000. La mayor parte pertenecían á la raza vigorosa é inteligente, pero cruel, de los igorrotos. La Misión ya no existe; nadie ha sucedido á los Padres Agustinos. Los mismos infieles lamentan se les haya dejado. Un día, hace poco tiempo, el Delegado apostólico cruzaba un pueblo de tinguianas todavía paganos. Los niños de la escuela le saludaron cortésmente en inglés. Los ancianos le pidieron con insistencia un sacerdote; y cuando ya se alejaba, saliéndole al paso una pobre anciana, con voz suplicante le dijo de nuevo: «¡Envíenos un sacerdote, Padre!» El Delegado no tiene de quien disponer.

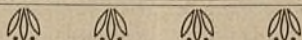
¡Ah! ¡No dejaron de ir los protestantes! este pobre pueblo se ha perdido para el Catolicismo.

En Mindanao los Jesuitas han sido menos desgraciados. En 1896 poseían numerosas reducciones, análogas á las del antiguo Paraguay, agrupadas alrededor de 37 estaciones, y administradas por 62 sacerdotes. En 1900 nada. Los Padres debieron ausentarse para no caer en manos de los revolucionarios.

Doce que no pudieron huir fueron hechos prisioneros. Hoy (1907) han vuelto á estas tierras reclamados, casi exigidos por sus neófitos. En número de 31, dirigen las 15 Misiones que han logrado reconstituir. De los 295,000 católicos que hay en aquella isla, 170,000 están bajo su dirección, de los restantes cuidan los Benedictinos y los Agustinos recoletos. Lentamente han reconquistado el terreno perdido; y ya empiezan á fundar nuevas reducciones.

Su avance es tanto más dificultoso cuanto deben luchar con la escasez de recursos, pues sin dinero no hay reducciones; con la oposición sistemática de las autoridades municipales y provinciales, más ó menos infectadas de las ideas revolucionarias, con el cisma y con la propaganda protestante.

(Continuará).



## MISIONES DE LOS PADRES AGUSTINOS EN LA CHINA

### CARTAS DEL CELESTE IMPERIO

(Continuación)

Ai-men-sián, 12 Septiembre de 1907.



HORA voy á referir lo que antes prometí; á saber, el origen de la Misión de Tse lí, cuya historia y la de sus progresos irá siempre unida al nombre de una mujer que ya á estas fechas habrá recibido el galardón que merecían sus virtudes.

Después de bautizada se llamó Isabel, y su vida es en substancia como sigue, según ella misma contó á mi maestro de idioma, P. Benito: Desde muy joven, como no satisficieran á las aspiraciones de su corazón los ritos y supersticiones de la religión que había heredado de sus mayores, y comprendiendo que el hombre había nacido para algo más que para adorar ídolos y vivir cómodamente en esta vida, ingresó en la secta de los *ayunantes*, creyendo que en ella encontraría más tranquilidad y sosiego para su espíritu. Esta secta de *ayunantes* impone á los que la siguen, entre otras, la obligación estricta de abstenerse para todos los días de su vida de toda clase de carne y pescado y cualquier otro alimento que provenga de esas substancias, y hasta de ciertas plantas que hay por aquí muy substanciosas y que por lo mismo ellos incluyen en la categoría de carnes. Estos ayunantes, por lo general, son tan rigurosos en la guarda de la abstinencia, que podrían con su ejemplo avergonzar á muchos cristianos que alumbrados con la luz de la santa fe, aún así no tienen reparo ni les remuerde la conciencia en quebrantar con muchísima frecuencia los pocos ayunos que nuestra Santa Madre la Iglesia nos impone. Entró, pues, Isabel en esta secta con la mejor voluntad, mas apenas iniciada en sus costumbres y ritos comprendió que, si falsas eran las demás religiones de sus paisanos, no lo era menos la que acababa de abrazar. No obstante, como no conocía otra mejor, en ella se quedó y permaneció por espacio de treinta años, durante los cuales fué tan observante de sus leyes, que servía de admiración y ejemplo á cuantos la conocían. Sus virtudes naturales, aun en medio del paganismo, eran tales, que todo el mundo la veneraba y respetaba (también los paganos saben respetar la virtud donde la hallan).

Ella, sin embargo, decía que comprendiendo que también aquella secta era falsa, en los treinta años que en ella permaneció, nunca había abierto su boca para exhortar á nadie á entrar en dicha secta.

Pasando el tiempo, unos cuatro ó cinco años antes de que misionero alguno fuera por allí, dice que no sé por qué feliz casualidad, llegó á sus manos un libro cristiano que hablaba de Dios, creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas existentes, y que ese Dios, para salvar á los hombres de la ruina en que habían caído por el pecado del primero, se hizo también hombre y padeció muerte afrentosísima, etc., etc. Al leer estas y otras muchas cosas que decía aquel libro, ella sintió tal gozo interior, que exclamó sin poderse contener: «Aquí hay verdad, aquí hay verdad,» y desde aquel día, sin

salir aún de su secta por no conocer qué religión era la que predicaba aquellas doctrinas, comenzó á adorar con todo fervor y corazón al Dios de que hablaba aquel libro, y le pedía sin cesar la alumbra y le diera á conocer su verdadera Religión. Así pasó unos cuatro ó cinco años, hasta que, ahora hace cuatro, poco más ó menos, el señor Obispo mandó á mi maestro, P. Benito, á abrir en Tse-lí nueva Misión. Fué el P. Benito, y después de vencer con la ayuda de Dios y, seguramente, con los ruegos de la feliz ayunante, serias dificultades, quedó abierta allí la nueva Misión. El P. Benito se volvió á la suya de Sangté, y el señor Obispo mandó á Tse-lí á otro misionero, que fué el P. Nicolás Puras.

La noticia de la llegada á Tse-lí de un europeo se propagó por la ciudad con la velocidad con que el relámpago se propaga por el firmamento, y cuando llegó á oídos de dicha mujer, ésta sintió tal gozo en su corazón, que no se lo explicaba de otra manera sino que aquel europeo era, sin duda alguna, el que venía á predicar la Religión que enseñaba á adorar á Dios de que ella tenía noticia por la lectura de aquel libro. Desde entonces comenzó á buscar ocasión para ver y hablar al Padre (al europeo). Cuando le vió quedó tan agradablemente sorprendida por lo apacible de su semblante y la modestia y compostura de su continente, que ya no deseaba más que tener ocasión de hablarle. La tuvo pronto, porque los misioneros se hacen visibles y tratables á todo el mundo, pero ella quiso andar paso á paso, y sin declararse, ni manifestar al Padre las cosas que hacía tiempo venían agitándole el corazón, le pidió un libro que el Padre le dió de muy buena gana.

Se alegró mucho más al ver que el nuevo libro—nuestro catecismo—concordaba y explicaba más por extenso los misterios de la Religión, del Dios que ella ya conocía por el anterior, y tal fué la priesa que se dió á leerle, que á los pocos días volvió á la Residencia á ver al Padre y pedirle otro libro más extenso. El Padre le dijo: «Pero ¿no te dí hace cuatro días uno? Léelo, que es el principal y más necesario y estúdiale, que después yo te daré otro.—Aquí está, respondió ella, y sacándolo del bolsillo se lo entregó al Padre diciendo: «Pregúnteme el Padre por donde quiera.»

El Padre se puso á examinarla y quedó sorprendido, mejor dicho, asombrado: aquella mujer, en cuatro ó cinco días se había aprendido el Catecismo de memoria y daba cuenta de él como pudiera hacerlo el cristiano más veterano. Le dió otro que á los pocos días aprendió como el anterior. Volvió á buscar otro nuevo y el Padre se lo dió, diciéndole que para comodidad suya se lo comprara y se quedara con él.

—Eso quería yo, respondió ella; comprarlo y que sea mío, así lo tendré siempre á mi disposición.

—Pero ¿por qué no vienes á Misa, después de tanto tiempo como llevas estudiando? le dijo el Padre.

—Porque el Padre no me ha admitido aún.

—¿Cómo que no? ¡ya te tengo por admitida desde que te dí el primer libro!

Y desde entonces aquella mujer ya no sabía separarse de la iglesia, donde continuamente acudía á escuchar las explicaciones del misionero. Y no solamente esto, sino que animada de un vivo deseo de que todos participaran de la dicha de ser cristianos, se convirtió ella en verdadera misionera y predicadora de nuestra sacrosanta Religión; y como el espíritu que la animaba era el fuego del amor que sentía porque todos adorasen al verdadero Dios, de fuego eran también las palabras que le salían del corazón y penetraban en el de los que la escuchaban. Esto, unido al gran prestigio que tenía sobre cuantos la conocían por sus excelentes cualidades y buenas costumbres, hacía que sus predicaciones produjeran muy saludables frutos, y así se explica cómo en poco tiempo—hace ahora apenas cuatro años—se formase en Tse lí una cristiandad, si no la más numerosa, la más lucida y floreciente de este vicariato, pues aquéllos siguen en aumento, y por lo que he visto en el mes que estuve yo allí, apenas hay día en que no tengamos que inscribir en la lista algún nuevo convertido.

Ya bautizada, es indecible el gozo que sentía y lo que la entusiasmaba cualquiera de nuestros ritos y ceremonias sagradas. Para animarla más y á fin de que adquiriese una idea más clara de lo que son nuestras fiestas y solemnidades, le bajó el Padre misionero, con otros cristianos, á *Li-tchou*, hace dos años, á las funciones de Semana Santa que, juntamente con el señor Obispo, celebraban allí unos siete ú ocho Padres misioneros.

Aquello era el acabóse para la pobre mujer; allí estaba Dios, lo grande, lo divino, lo que llena el corazón del hombre; se deshacía en lenguas para ponderarlo, y después de mil exclamaciones terminaba diciendo, que aquello no había en la tierra palabras con que ponderarlo; es el corazón el que lo ha de sentir, no los labios los que lo han de expresar; el que no lo vea no puede formarse idea de ello, así vengan los sabios del mundo todo á explicárselo.

Desde entonces con más energía que nunca se dedicaba á predicar y exhortar á sus paisanos, sin detenerse ante nadie.

—Yo, decía ella no hace mucho al P. Benito, lo mismo dispueto con hombres que con mujeres, con literatos que con no literatos; ninguno me intimida.

Y era verdad, que como ella no hablaba por su propia cuenta, sino que el espíritu del Señor hablaba por su boca, no tenía á quien temer, pues nada vale la sabiduría humana donde habita la sabiduría de Dios.

Desde hace bastantes meses cayó enferma la buena mujer y ya no volvió á levantarse de la cama: pero desde el lecho donde yacía postrada no cesaba de exhortar, no sólo á sus familias, sino también á todos los cristianos que la visitaban, á ser siempre buenos y pacíficos. Es admirable como en los últimos meses de su vida, en que los cristianos eran cruelmente perseguidos por los protestantes, les exhortaba á la paciencia y como con sus consejos, y más, yo creo, con sus oraciones, evitó el que hubiera desgracias, pues los cristianos se disponían á defenderse por la fuerza y ¡sabe Dios lo que hubiese sucedido si lo hacen! Ella, como dije, los animaba á resignarse con la voluntad del Señor que les enviaba aquella tribulación para probar y purgar su fe; pero que El mismo los defendería y libraría de sus per-

seguidores; y así fué, pues la cuestión tuvo tan feliz término, como ya llevo contado.

Esta es, á grandes rasgos descrita, la vida de aquella santa mujer, que hoy, sin duda alguna, á lo que yo creo, habrá recibido ya el premio de sus grandes virtudes y buenas obras.

Aquí la fe entra despacio, pero una vez entrada, arraiga y profundiza muy hondamente. Tengo ahora en la iglesia, ó en una casita inmediata, á una pobre mujer á quien acabo de administrar la Extremaunción. Pues bien, su marido la trajo para eso desde nueve leguas lejos; y en esto fué bastante incauto por no haberme llamado, pues yo hubiese ido á su casa en seguida como es mi oficio, pero son así los chinos. Y no solamente trajo á su mujer, sino también á dos hijos pequeños que están casi tan mal como la madre; á éstos sólo para que los bendiga el Padre. ¿Te parece, lector, que ver y sentir estas cosas no es más que satisfacción cumplida á todas las amarguras y trabajos del misionero? Alguien dirá lo que quiera; pero yo por *tal* lo creo y tengo.

(Continuará).

## BIBLIOGRAFÍA

*Vademecum del propagandista de Sindicatos agrícolas*, por Le Soc. Biblioteca de *La Paz Social*, 2ª edición. Zaragoza, 1908. —Tip. de Mariano Salas.—1 vol. de VI-170 páginas.—Precio, una peseta.—Agotada en muy pocos meses la primera edición de este libro, acaba de salir á luz una segunda, que necesariamente ha tenido que ser grandemente aumentada por las nuevas fundaciones de Sindicatos y las novedades de la legislación. El *Vademecum* cuenta la historia del Sindicato agrícola, y fija lo que tiene de esencial, y, por consiguiente, de imprescindible, y lo que tiene de accidental, y puede por tanto, variar y adaptarse á las necesidades locales. Expone la manera de constituir un Sindicato y hacer su Reglamento. Trae formularios de los documentos que se necesitan para entenderse con la Administración. Entre las novedades de esta segunda edición está el que trae la estadística de los Sindicatos agrícolas católicos: que contiene el texto íntegro de la Ley de Sindicatos agrícolas de 28 de Enero de 1906 y el Reglamento dictado para su aplicación el 16 de Enero de 1908: y un capítulo nuevo tratando de *Cómo se administra un Sindicato agrícola*.

—*La contabilidad de las obras sociales*.—Ha editado este librito de 84 páginas, de las cuales la mitad contienen una modelación detallada y muy práctica, que completa adecuadamente las explicaciones teóricas acerca de la Contabilidad de las Obras sociales. Siguiendo las instrucciones y documentación de este *Manual*, cualquiera persona de elemental cultura puede llevar la contabilidad de las Cooperativas de consumo, Cajas de ahorros y préstamos, Mutualidades, Sindicatos y Pósitos.

## LIMOSNAS

### PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. . . . . 6 Ptas.  
Sarriá.—Un católico. . . . . 15

TOTAL recaudado durante este primer trimestre y que va á ser enviado al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe. . . . . Ptas.: 304'67

ENRIQUE SIENKIEWICZ

# LOS CABALLEROS TEUTONICOS

*(Continuación)**Con aprobación de la Autoridad eclesiástica*

Iurand miró con más atención á su guía, y al leer en su semblante la expresión de la compasión y de la benevolencia, le dijo:

—Tu mirada revela tus sentimientos humanitarios. ¿Contestarás con sinceridad á la pregunta que voy á hacerte?

—No perdáis tiempo, señor, dijo el guía.

—¿Crees que me devolverán mi hija?

El joven, sumamente sorprendido, levanta la cabeza y pregunta:

—¿Pero está aquí vuestra hija?

—Sí, mi hija...

—¿Es esa joven que está encerrada en la torre?

—Ella es, y me han prometido devolvérmela si yo me entrego...

El joven hizo una seña con la mano como para indicar que nada sabía, pero en su semblante se reflejaba el temor y la duda.

Y Iurand preguntó de nuevo:

—¿Es verdad que está bajo la custodia de Schomberg y Markwardt?

—No, esos Caballeros ya no están aquí. Con todo, tratad de sacar de aquí á vuestra hija antes de que el jefe Danveld esté completamente restablecido...

Iurand se estremeció de sobresalto al escuchar estas palabras. Pero ya no le fué posible hacer más preguntas á su guía, pues acababan de llegar delante de la puerta del salón en que el jefe de Ortelsbourg iba á recibir al anciano caballero. El joven después de haber abierto la puerta se retiró.

Un momento después Iurand de Spychovo se encontraba en un gran salón muy sombrío, en el fondo del cual vió cuatro Caballeros Teutónicos sentados alrededor de una mesa. De pie, detrás de ellos, estaban gran número de escuderos y soldados armados, y entre estos últimos el bufón del castillo, que llevaba atado con una cadena un oso domesticado.

Ocupaba la presidencia el jefe Hugo de Danveld, con su mano enferma colocada en un aparato de madera y apoyada sobre el brazo del sillón; tenía á su derecha al jefe de Insburgo, Sigifredo de Lowe, y á su izquierda á los caballeros Rogerio y Godofredo.

Muy arrellanados en sus sillones, vestidos con elegantes túnicas de paño muy fino, y sin otras armas que ligeras espadas puestas al lado, miraban á Iurand con orgullo, y con ese desprecio ilimitado que albergaban en sus mezquinos corazones, hacia los vencidos y hacia los que eran menos poderosos y fuertes que ellos.

Durante largo rato reinó en la estancia el más

profundo silencio, pues los Caballeros tenían especial complacencia en deleitarse con el divertido espectáculo que se ofrecía á sus miradas. Iurand, el célebre guerrero, el terror de la Orden Teutónica, allí, ante ellos, con la cabeza baja, cubierto con una túnica de crin y con la vaina de su espada atada con una cuerda al cuello...

Todos ellos estaban visiblemente interesados en hacer lo más pública posible la humillación de Iurand, pues la puerta del salón que conducía á otras habitaciones estaba abierta, y á cada paso cruzaban por allí nuevos espectadores.

Poco á poco la sala se llenó casi hasta la mitad de hombres armados. Todos miraban á Iurand con gran curiosidad, hablaban en voz alta y hacían mil observaciones acerca del anciano caballero. Este al verlo se hacía interiormente esta consoladora reflexión: «Si Danveld no quisiese cumplir su palabra, no hubiera hecho venir aquí tantos testigos.»

Entretanto á una señal de Danveld reinó en la sala el más profundo silencio, y uno de los escuderos, aproximándose á Iurand, cogió la cuerda que llevaba atada al cuello, y lo acercó tirando de ella á la mesa.

Entonces Danveld, paseando su mirada como en triunfo alrededor de sí, dijo:

—Ya veis como el poder de la Orden vence á la maldad y al orgullo.

—¡Dios quiera que así sea siempre! respondieron los asistentes á aquella asamblea.

Después de esta especie de entrada en materia hubo otra vez unos momentos de silencio. Luego Hugo de Danveld se dirigió al prisionero en estos términos:

—Puesto que tú mordías á la Orden Teutónica como perro rabioso, justo es que ahora permanezcas ante nosotros como un perro, con la soga al cuello, en espera de nuestra indulgencia y piedad.

—No me comparéis con un perro, respondió Iurand, pues esta comparación aminora á los que han luchado conmigo y murieron á mis manos...

Esta respuesta provocó rumores entre los alemanes reunidos en la sala.

—¡Miradle! exclamó de Danveld con marcado acento de indignación. Todavía ahora se permite el mostrarse insolente con nosotros y salpicarnos con su orgullo.

Iurand levantó sus brazos al cielo y dijo con voz conmovida:

—Séame Dios testigo de que he alejado de mí toda idea de orgullo antes de venir aquí. Dios se encargará de juzgar, si deshonorando mi calidad de caballero no os habéis deshonorado á vosotros mismos...

Danveld frunció el entrecejo, pero en aquel mismo momento el bufón del castillo se puso á mover la cadena que sujetaba el oso domesticado, gritando:

—¡Sermón tenemos! Escuchad, escuchad el sermón del predicador mazoviano.

Y Danveld dijo:

—No te quejes de que deshonoramos tu condición de caballero, pues por mucho que rebajemos aquí, siempre estarán muy por encima de lo que eres. El criado más inferior de la Orden, el que cuida los perros vale infinitamente más que el mayor caballero polaco.

Entonces el bufón, enardecido por estas palabras, exclamó:

—Ven á peinar á mi oso, ven, que él te pagará en la misma moneda.

Esta grotesca broma encontró eco en todos los que allí estaban reunidos, que prorrumpieron en sonoras carcajadas.

Al momento Iurand se vió rodeado de toda aquella gente, que se mofaban de él vilmente, insultándole de la manera más indelicada y soez.

—Mira, mira el famoso jabalí de Spychovo, decían. ¡Con gusto mordería, pero á tiempo le ha roto los colmillos el jefe de la Orden!

Hugo de Danveld, que estaba de muy buen humor, hizo traer cerveza, diciendo á Sigifredo de Lowe:

—¡Alegraos! Vamos á pasar un buen rato, no vaya éste á figurarse que tomamos su deshonor por lo trágico.

Alentados por el jefe, los escuderos acercaban á la cara de Iurand sus cubiletes, tirándole la cerveza á los ojos y diciéndole:

—¿Quieres beber? ¡Toma, bebe, polaco mal encarado!...

Y el padre de Danusia, consternado por los insultos, soportaba con resignación en silencio las injurias y las burlas de todos aquellos villanos... Por fin, sintiendo que su paciencia se agotaba, se dirigió hacia el viejo Sigifredo de Lowe, y se puso á gritar en tal forma, que consiguió dominar la escandalosa zambra que reinaba en la sala:

—¡En el nombre de Cristo, por vuestra salvación, devolvedme mi hija, como me lo habéis prometido!

Y tendió la mano como para coger la del anciano Caballero Teutónico, pero éste, retrocediendo con viveza, dijo:

—¡Atrás, esclavo! ¿qué quieres?

—¿No he dado libertad á de Bergow y no me entregué yo mismo, en virtud de vuestra promesa de que en cambio me devolveríais mi hija que está aquí?

—¿Quién te ha prometido esto? preguntó Danveld.

—¡Vos mismo! ¡Si tenéis conciencia no creo que os atreváis á negarlo!

—¿Eres capaz de presentar algún testigo de que es verdad lo que dices? Pero, en fin, como cuando doy una palabra la cumplo, tu hija va á serte devuelta.

Luego, volviéndose hacia los concurrentes, dijo:

—Todo cuanto le ha sucedido hasta ahora aquí no es más que una broma comparado con todos sus crímenes y fechorías. Sin embargo, la palabra de los Caballeros Teutónicos es sagrada. Le hemos prometido que le devolveríamos su hija, que hemos rescatado de manos de unos bandidos... ¡Pues bien, seale devuelta!...

Y dirigiéndose á Iurand:

—Tu hija va á ser enviada á Spychovo con escolta, y hasta que vuelvan de acompañarla nuestros soldados, tú permanecerás aquí. Después podrás marcharte luego de haber pagado el rescate al cual tenemos legítimo derecho...

En todos los semblantes se reflejó la más viva sorpresa, pues nadie esperaba tanta honradez por parte de Danveld; pero el que no podía salir de su asombro era Iurand, el cual, mirando al jefe casi con expresión de gratitud, le dijo:

—¡Dios te lo pagará!

—¡Ya ves cómo proceden los Caballeros Teutónicos! dijo Danveld.

Y Iurand respondió:

—Por eso en nombre de Cristo, cuya caridad no tiene límites, os ruego que me deis permiso para ver á mi hija antes de que se vaya para darle mi bendición. ¡Hace ya tanto tiempo que no la he visto!...

—Perfectamente, dijo Danveld. Vas á verla ahora mismo, aquí, en presencia de todos, para que todos puedan apreciar nuestra noble conducta.

Y dió orden á uno de los escuderos de que trajese á Danusia, después de lo cual lanzó escrutadora mirada á Sigifredo de Lowe y á los caballeros Godofredo y Rogerio, en cuyos semblantes se reflejaba la más profunda admiración.

—¿Cómo? ¿Has cambiado de modo de pensar? le dijo de Lowe en voz baja. Comprendo que dejes marchar á su hija, nada más lejos de mi ánimo que oponerme á ello, ¡pero á él!

Y el cruel y valiente Rogerio añadió:

—¿Es posible que deis libertad á este diabólico perro?...

—¡Bah! ¿qué más da? ¡ya pagará un crecido rescate! respondió de Danveld.

—Aún cuando nos diere todo cuanto posee, nada conseguiríamos, pues muy pronto nos despojaría del doble...

—No desapruebo lo que haces con su hija, replicó de Lowe; pero puedes estar seguro de que este lobo hará llorar aún, y no pocas veces, á las mansas ovejas de la Orden...

—¿Y nuestra palabra? pregunta de Danveld muy sonriente.

—¡Pero, qué cambiado estás!...

Hugo de Danveld se encogió de hombros.

—¡Sois insaciables! les dijo.

(Continuará).